

teresarme de veras. (ARCHIBALDO empieza a reírse inmoderadamente.) ¿Puede saberse qué es lo que te hace tanta gracia?

ARCHIBALDO.—¡Oh, nada! Que estoy un poco inquieto a causa de ese pobre Bunbury.

GRESFORD.—Si no tienes cuidado, ya verás cómo el tal Bunbury acaba por meterte en algún mal paso.

ARCHIBALDO.—Me encantan los malos pasos. Son los únicos de que se sale bien.

GRESFORD.—Una tontería más. Te pasas la vida diciendo tonterías.

ARCHIBALDO. Como todo el mundo, hijo mío, como todo el mundo. (GRESFORD le lanza una mirada de indignación y sale. ARCHIBALDO enciende un pitillo, se mira el puño de la camisa y sonríe.)

TELÓN

## A C T O S E G U N D O

Jardín de la quinta de mister Gresford. Una escalinata de piedra gris conduce a la casa. El jardín, un jardín a la antigua, aparece lleno de rosas. Mes de julio. Sillones de mimbre y una mesa atestada de libros, a la sombra de un tejo frondosísimo. Miss Prism, sentada delante de la mesa. Al fondo, Cecilia, regando las flores

MISS PRISM.—(Llamándola.) ¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿No le parece que esa ocupación tan utilitaria de regar las flores es más bien de incumbencia del jardinero? Sobre todo teniendo en cuenta los placeres intelectuales que están aguardándola a usted. Su gramática alemana está sobre la mesa. Tenga usted la bondad de abrirla por la página 15. Vamos a repetir la lección de ayer.

CECILIA.—(Acercándose muy despacio.) ¡Pero si a mí no me gusta el alemán! Es una lengua que no sienta bien a nadie. Estoy segura de que después de la lección de alemán parezco feísima.

MISS PRISM.—Hija mía, ya sabe usted el interés que tiene su tutor en que usted reciba una educación esmeradísima. Ayer, antes de marchar a Londres, me recomendó muy especialmente el alemán. Sí, cada vez que se marcha a Londres me recomienda con mucha insistencia la lección de alemán.

CECILIA.—¡El querido tío Juan es tan serio! A veces está tan serio, que me parece que no debe de sentirse bien...

MISS PRISM.—Su tutor disfruta de una salud inmejorable, y su gravedad es tanto más digna de admiración si se tiene en cuenta su relativa juventud. No conozco a nadie con sentido más alto de la responsabilidad y del deber.

CECILIA.—¡Ah! Esa debe de ser la causa de que muchas veces, cuando estamos juntos los tres, tenga esa cara de aburrimiento.

MISS PRISM.—¡Cecilia! Me sorprende oírle hablar así. Mister Gresford tiene muchas cosas en qué pensar, y no puede entregarse a frivolidades ociosas. Piense usted en la constante preocupación de que es causa su hermano, ese desgraciado joven...

CECILIA.—El tío Juan debería permitir a ese desgraciado joven que viniese por aquí de cuando en cuando. Podríamos ejercer sobre él una benéfica influencia. Sí, estoy segura de que usted la ejercería, miss Prism. Usted sabe alemán y geología, y esas cosas deben influir mucho sobre un hombre. *(Abre su diario y se pone a escribir en él.)*

MISS PRISM.—*(Meneando dubitativamente la cabeza.)* No creo que pudiera influir lo más mínimo en un carácter que, según dice su mismo hermano, es de una debilidad y de una inestabilidad irremediables. Ni me parece que, aun pudiendo, quisiera influir. Yo no apruebo esa manía moderna de convertir en buenas a las malas personas, en un abrir y cerrar de ojos. No; que cada cual coseche lo que sembró... Debería usted dejar ahora ese diario, Cecilia. Realmente, no veo la necesidad de que lleve usted un diario.

CECILIA.—Lo llevo para anotar los secretos maravillosos de mi vida. Si no los apuntara, es casi seguro que los olvidaría por completo.

MISS PRISM.—La memoria, mi querida Cecilia, es el diario que todos llevamos con nosotros.

CECILIA.—Sí; pero generalmente, no registra más que las cosas que no han sucedido nunca, ni podía

sucedir. Me parece que la memoria debe de ser la responsable de todas esas novelas que se escriben hoy día.

MISS PRISM.—No hable usted a la ligera de las novelas, Cecilia. ¡Ay! Yo también escribí una en mi juventud.

CECILIA.—¿De verdad, miss Prism? ¡Cuidado que tiene usted talento! Supongo que no acabaría bien, ¿eh? Detesto las novelas que acaban bien. Me entristecen horriblemente.

MISS PRISM.—Los buenos acababan bien y los malos eran castigados. Así lo requiere siempre la fábula.

CECILIA.—¿Sí? Pues es una injusticia. ¿Y publicó usted su novela?

MISS PRISM.—¡Ay, no! Desgraciadamente, el manuscrito fue abandonado. *(CECILIA se estremece.)* Quiero decir que se extravió y no fue posible recuperarlo. Bueno, hija mía; estas disquisiciones tienen muy poco que ver con los estudios de usted.

CECILIA.—*(Sonriendo.)* Pero por allí veo venir al reverendo Ascot.

MISS PRISM.—*(Levantándose y avanzando.)* ¿El reverendo Ascot? ¡Qué alegría verle por aquí!

*(Entra el reverendo Ascot.)*

ASCOT.—¿Qué tal, qué tal vamos? Supongo que todos bien, ¿verdad, miss Prism?

CECILIA.—Precisamente miss Prism se quejaba, cuando llegó usted, de un poco de jaqueca. ¿Verdad que le sentaría bien dar una vueltecita con usted por el parque?

MISS PRISM.—¡Pero, Cecilia, yo no he dicho una sola palabra de jaqueca!

CECILIA.—Sí, mi querida miss Prism; pero yo sé que tiene usted un poco de jaqueca. Como que antes de que llegara el reverendo no pensaba en otra cosa.

Eso era justamente lo que no me dejaba prestar atención a la lección de alemán.

ASCOT.—Espero, Cecilia, que no será usted una niña desaplicada.

CECILIA.—¡Ay, sí, señor, mucho lo temo!

ASCOT.—Es raro. Si yo tuviera la suerte de ser un discípulo de miss Prism, estaría siempre pendiente de sus labios.

MISS PRISM.—(Ruborizándose y abriendo mucho los ojos.) ¿Eh?

ASCOT.—Hablo metafóricamente. Una metáfora tomada de las abejas. ¡Jem!... ¿Y mister Gresford, no ha regresado todavía?

MISS PRISM.—No lo esperamos hasta el lunes por la tarde.

ASCOT.—¡Ah, sí! Es verdad; no me acordaba que suele pasar los domingos en Londres. Mister Gresford no es uno de los hombres que sólo piensan en divertirse, como, según parece, es ese infortunado joven hermano suyo. Pero, en fin, no quiero distraer por más tiempo a Egeria y su discípula.

MISS PRISM.—¿Egeria? Mi nombre es Leticia, mi reverendo.

ASCOT.—(Haciendo una pequeña reverencia.) Es una simple alusión clásica, tomada de los autores paganos. ¿Tendré el gusto de verla a usted esta tarde en la oración?

MISS PRISM.—¿Y si diéramos ahora una vueltecita? Me parece, en efecto, que tengo un poco de jaqueca, y quizá un paseíto me sentase bien.

ASCOT.—¡Encantado, miss Prism, encantado! Podemos ir hasta la escuela, y desde allí volver.

MISS PRISM.—Muy bien pensado. Usted, entretanto, Cecilia, me hará el favor de estudiar su lección de economía política. El capítulo sobre la baja de la rupia puede usted saltarlo. Es demasiado sensacional. Hasta estos problemas financieros tienen su

parte melodramática. (Se aleja por el jardín en compañía del reverendo ASCOT.)

CECILIA.—(Cerrando los libros y tirándolos sobre la mesa.) ¡Al diablo la economía política! ¡Al diablo la geografía! ¡Al diablo el alemán!

(Entra ANSELMO con una tarjeta sobre una bandeja.)

ANSELMO.—Mister Ernesto Gresford acaba de llegar de la estación. Trae consigo el equipaje.

CECILIA.—(Cogiendo la tarjeta y leyéndola.) "Mister Ernesto Gresford, Albany, 4" ¡El hermano de tío Juan! ¿Le ha dicho usted que el señor estaba en Londres?

ANSELMO.—Sí, señorita. Y ha parecido muy contrariado. Le dije entonces que usted y miss Prism estaban en el jardín, y ha contestado que tenía mucho interés en hablar a solas con usted un momento.

CECILIA.—Dígale usted a mister Ernesto Gresford que pase aquí. Y me parece que no estaría de más que encargase al ama de llaves que fuesen preparando el cuarto.

ANSELMO.—Se hará lo que manda la señorita. (Sale.)

CECILIA.—¡Ay! Todavía no he conocido a ningún mal sujeto de veras. Casi me siento asustada. ¿Y si se parece a todos los demás hombres? (Entra ARCHIBALDO muy resuelto y satisfecho.) ¡Y se parece!

ARCHIBALDO.—(Descubriéndose.) Usted es mi prima Cecilia, si no me equivoco.

CECILIA.—No, señor, no se equivoca usted. Aunque estoy bastante crecida para mi edad, soy su prima Cecilia. Usted, ya he visto por su tarjeta, que es el hermano de mi tío Juan, mi primo Ernesto, el perdido de mi primo Ernesto.

ARCHIBALDO.—¿Perdido yo? No, no, prima Cecilia. No vaya usted a pensar que yo soy un perdido.

CECILIA.—Pues si no lo es, nos ha estado usted engañando a todos del modo más imperdonable. Supongo que no habrá usted llevado una doble existencia, echándose de perdido y siendo luego una persona decente, ¿eh? Eso sería una hipocresía.

ARCHIBALDO.—(Mirándola estupefacto.) ¡Caramba, caramba!... Sí, la verdad es que he sido un poco aturdido.

CECILIA.—Celebro saberlo.

ARCHIBALDO.—Sí; ahora que me hace usted pensar en ello, comprendo que he sido una pequeña calamidad.

CECILIA.—No creo que sea un motivo para envernecerse; aunque, seguramente, debió de ser muy agradable para usted.

ARCHIBALDO.—Mucho más agradable es estar aquí con usted.

CECILIA.—Lo que no comprendo es por qué está usted aquí. El tío Juan no estará de regreso hasta el lunes por la tarde.

ARCHIBALDO.— ¡Qué contrariedad! Precisamente tengo que irme en el primer tren de la mañana del lunes. Tengo una cita de negocios que sentiría muchísimo... no perder.

CECILIA.—¿Y no podría usted perderla en otro sitio que en Londres?

ARCHIBALDO.—No; la cita es en Londres.

CECILIA.—Sí, ya sé lo importante que es no acudir a una cita de negocios si se quiere conservar cierto sentido de la belleza de la vida; pero, no obstante, creo que haría usted mejor en aguardar al regreso del tío Juan. Sé que desea hablar con usted de su emigración.

ARCHIBALDO.—¿De la emigración de quién?

CECILIA.—De quien va a ser; de usted. Ha ido a Londres a comprarle el equipo.

ARCHIBALDO.—¿El equipo? Por nada del mundo le dejaría yo a Juan comprarme el equipo. Es de un

gusto lamentable, sobre todo en cuestión de corbatas.

CECILIA.—¿Y qué falta le van a usted a hacer las corbatas en Australia?

ARCHIBALDO.—¿Australia? ¡Antes la muerte!

CECILIA.—Pues el otro día, el miércoles por la noche, dije en la mesa que tendría usted que elegir entre el otro mundo y Australia.

ARCHIBALDO.—¡Ah, no, no! Las noticias que he recibido de Australia y del otro mundo no son para animar a nadie. Me contento con este mundo, prima Cecilia; es bastante bueno para mí.

CECILIA.—Sí; pero y usted, ¿es bastante bueno para él?

ARCHIBALDO.—¡Ay! Temo que no. Por eso quiero que usted me ayude a mejorar. Usted podría hacer de esto su misión en la tierra, prima Cecilia.

CECILIA.—Me parece que no me queda tiempo esta tarde.

ARCHIBALDO.—Bueno; ¿prefiere usted entonces que me mejore yo mismo?

CECILIA.—Un poco quijotesco sería; pero debía usted probar.

ARCHIBALDO.—Probaré. Ya me siento mejor,

CECILIA.—Pues tiene usted peor cara.

ARCHIBALDO.—Es que tengo hambre.

CECILIA.—¿Qué cabeza la mía! ¡No haber pensado que cuando uno se dispone a emprender una vida completamente nueva se necesita una alimentación abundante y sana! ¿Quiere usted que entremos?

ARCHIBALDO.—Gracias. ¿Podría usted darme antes una flor para el ojal? Es condición indispensable de mi apetito la flor en el ojal.

CECILIA.—(Cogiendo unas tijeras.) ¿Una mariscal Niel?

ARCHIBALDO.—No; preferiría una rosada.

CECILIA.—(Cortando una rosada.) ¿Por qué?

ARCHIBALDO.—Porque parece usted una rosa rosada, prima Cecilia.

CECILIA.—No creo que esté bien que me hable usted así. Miss Prism jamás me dice esas cosas.

ARCHIBALDO.—Porque será vieja y miope. (CECILIA le coloca la rosa en el ojal.) Es usted la muchacha más bonita que he visto en mi vida.

CECILIA.—Miss Prism dice que la belleza es una celada.

ARCHIBALDO.—Una celada en que todo hombre sensato desearía caer.

CECILIA.—¡Oh! A mí no me gustaría que cayese en la mía un hombre sensato. No sabría de qué hablar con él. (Entran en la casa. Aparecen por un lado MISS PRISM y el reverendo ASCOT.)

MISS PRISM.—Está usted demasiado solo, mi reverendo. Debería usted casarse. Pase que haya misántropos, ¡pero un mujerántropo!

ASCOT.—(Con un estremecimiento de humanista.) Crea, usted, miss Prism, que no merezco un neologismo semejante. Lo mismo el precepto que la práctica de la iglesia primitiva eran contrarios al matrimonio.

MISS PRISM.—(Sentenciosamente.) Ésa es evidentemente la razón de que la iglesia primitiva no haya llegado hasta nuestros días. Y usted, amigo mío, parece no darse cuenta de que un hombre que se empeña en permanecer soltero acaba por convertirse en una verdadera tentación pública.

ASCOT.—¿Pero es que un hombre casado no resulta tan tentador como un soltero?

MISS PRISM.—Ningún hombre casado resulta tentador, como no sea para su mujer.

ASCOT.—Y muchas veces, según me han dicho, ni siquiera para su mujer.

MISS PRISM.—Eso depende de la capacidad de simpatía intelectual que tenga la mujer. Por eso se debe escoger una mujer de edad madura en la que poder

confiar, capaz de entenderle a uno. Las jóvenes siempre resultan verdes.

ASCOT.—(Con un estremecimiento.) ¿Cómo?

MISS PRISM.—Hablo metafóricamente. Una metáfora tomada de la horticultura. Pero ¿dónde estará Cecilia? (Entra GRESFORD lentamente por el foro. Viene vestido de luto riguroso, con una gasa en el sombrero, y guantes negros.) ¡Mister Gresford!

ASCOT.—¿Mister Gresford?

MISS PRISM.—Esto es realmente una sorpresa. No le esperábamos a usted hasta el lunes por la tarde.

GRESFORD.—(Estrechando la mano a MISS PRISM con un ademán trágico.) He vuelto antes de lo que esperaba. ¿Qué tal, mi reverendo, sigue usted bien?

ASCOT.—Espero, mister Gresford, que ese aire sombrío no significará ninguna desgracia...

GRESFORD.—¡Mi hermano!

MISS PRISM.—¿Alguna extravagancia? ¿Deudas?...

ASCOT.—¿Siempre en su vida de disipación?

GRESFORD.—(Sacudiendo la cabeza.) ¡Ha muerto!

ASCOT.—¿Que su hermano Ernesto ha muerto?

GRESFORD.—¡Por completo!

MISS PRISM.—¿Qué lección para él? Espero que le aprovechará.

ASCOT.—¡Mi más sincero pésame, mister Gresford! Le queda a usted por lo menos el consuelo de saber que fue usted el más generoso y solícito de los hermanos.

GRESFORD.—¡Pobre Ernesto! Tenía muchos defectos, pero es un golpe tremendo.

ASCOT.—Realmente tremendo. ¿Asistió a sus últimos momentos?

GRESFORD.—No. Murió en el extranjero; en París. Lo supe anoche por un telegrama que me puso el director del Grand Hotel.

ASCOT.—¿Decía la causa de la muerte?

GRESFORD.—Una pulmonía fulminante, según parece.

MISS PRISM.—Cada cual cosecha lo que siembra.

ASCOT.—(*Levantando la mano.*) ¡Caridad, querida miss Prism, caridad! No hay nadie perfecto. Yo mismo, por ejemplo, tengo una debilidad por el ajedrez. ¿Y el entierro, se verificará aquí?

GRESFORD.—No. Parece ser que manifestó expresamente su voluntad de ser enterrado en París.

ASCOT.—¿En París? (*Meneando la cabeza.*) ¡Ay, temo que esa disposición no sea buen indicio de su estado de ánimo en los últimos momentos! Sin duda usted querrá que en mi plática del domingo haga alguna ligera alusión a esta desgracia doméstica, ¿verdad, mister Gresford? Cuente usted conmigo. (*GRESFORD le estrecha la mano convulsivamente.*) Mi sermón sobre el sentido del maná en el desierto puede adaptarse a casi todas las situaciones, gozosas o, como en el caso actual, afflictivas. (*Suspiro general.*) Lo he pronunciado ya un sinnúmero de veces, en bautizos, confirmaciones, días de penitencia, días festivos... La última vez fue en la catedral, como sermón de caridad, en favor de la Junta preventiva del descontento entre las clases altas. Al obispo, que estaba presente, le causaron gran impresión algunas de mis comparaciones.

GRESFORD.—¡Ah, a propósito, ahora que recuerdo! Usted sabrá bautizar, ¿verdad, mi reverendo? (*El reverendo ASCOT le mira con estupefacción.*) Quiero decir que usted bautiza muy a menudo, ¿no es eso?

MISS PRISM.—Siento decir que es uno de los más constantes deberes del reverendo en esta parroquia. Yo he intentado varias veces hablar de la cuestión a las clases necesitadas; pero todo ha sido inútil. No tienen la menor noción de lo que es la economía.

ASCOT.—Pero ¿se trata de algún niño que le interesa a usted particularmente, mister Gresford? Su hermano, ni no me engaño, era soltero, ¿verdad?

GRESFORD.—¡Sí, sí, soltero!

MISS PRISM.—(*Amargamente.*) Los hombres que no viven más que para divertirse suelen permanecer solteros.

GRESFORD.—Pero no se trata de ningún niño, mi reverendo. No; el caso es que esta misma tarde, si no tiene nada que hacer, desearía que me bautizase a mí.

ASCOT.—¿Pero seguramente, mister Gresford, bastará usted ya bautizado?

GRESFORD.—¡La verdad, no recuerdo!

ASCOT.—Pero ¿es que tiene usted alguna duda respecto a ello?

GRESFORD.—Me parece que sí. Por lo menos no tengo la seguridad. Ahora usted me dirá si hay algo que me impida hacerlo. Acaso la edad...

ASCOT.—No, no, en absoluto. La aspersión y hasta la inmersión de los adultos es perfectamente canónica.

GRESFORD.—¡La inmersión!

ASCOT.—¡Oh, no se inquiete usted! Con la aspersión bastará. ¡El tiempo está tan inseguro! ¿A qué hora desea usted que tenga lugar la ceremonia?

GRESFORD.—A las cinco, si a usted le parece.

ASCOT.—¡Perfectamente, perfectamente! (*Sacando el reloj.*) Ahora, mi querido mister Gresford, voy a dejarle a usted que llore su desgracia a solas. Sin embargo, no se deje abatir demasiado por el dolor. Lo que a veces se nos antojan pruebas durísimas son bendiciones disfrazadas.

MISS PRISM.—Ésta me parece a mí una bendición sin el menor disfraz.

(*Entra CECILIA, que viene de la casa.*)

CECILIA.—¡Tío Juan! ¡Tío Juan! ¡Cuánto me alegro de que esté usted de vuelta! Pero ¡qué traje tan lúgubre se ha puesto usted! ¡Vaya usted a mudarse!

MISS PRISM.—¡Cecilia!